

HOY ES AYER

Por: TORCUATO LUCA DE TENA

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 59, Volumen XVI
Tercer Trimestre de 1958*

«Donde se cuenta el modo de saltar hacia el pasado; se da noticia de que Europa está en Oriente y otras curiosidades que verá quien leyeres.

Este artículo, pacientes lectores amigos, está escrito en homenaje a una raya inexistente, a una línea imaginaria, trazada por los señores geógrafos sobre la inestable superficie del mar. El trastorno que me ha producido entrar en íntimo contacto con ella -durante el reciente viaje París-Tokio por la ruta del Polo Norte, al que fui invitado por Air-France junto con otros periodistas europeos- puede servirme de disculpa a la ligereza de dedicar este espacio y con él vuestra atención a «algo» que carece, como esa raya, de existencia real. Esta línea -esta entelequia, esta ficción- pertenece a una familia que goza de un curioso privilegio: sus miembros son los únicos trazos dibujados sobre el mapa que no corresponden a una realidad. Porque este perfil de piel de toro abierto entre el Atlántico y el Mediterráneo todos sabemos que es España, y aquel dibujo con forma de bota de espadachín antiguo, Italia, y aquel finísimo alfanje que quiere clavarse en el hemisferio Sur sobre la Antártida, la República de Chile ... Pero, ¿dónde están, en la realidad del globo terráqueo que acabo de coronar, esas cintas negras vulgarmente conocidas con los nombres de paralelos y meridianos? Si no fueran, como son, medidas graciosas, trazos convencionales, nuestro planeta iría envuelto en una red como las que usan los chiquillos para guardar sus pelotas de goma multicolores.

A uno de los hilos de esta finísima malla, hilo que responde al nombre de meridiano 180, van dedicadas estas líneas, como prueba de que no guardo rencor a quien, como más adelante se verá, me ha hecho envejecer insólitamente contra toda justicia, aunque no contra toda razón.

Pero, ante todo, voy a presentárselo a ustedes. Para llegar hasta él hay que trepar por su antípoda el meridiano CERO, más conocido entre nosotros como meridiano de Greenwich. Desde Aragón o Cataluña lo podemos coger, como quien toma un ascensor. Apretemos el botón del Artico, es decir, del Polo Norte, y subamos. Atravesaremos el Pirineo, parte de Francia, el corazón de Londres, el Atlántico Norte (entre Islandia y Noruega), y, tras cruzar el círculo polar ártico, llegaremos al eje de la Tierra, donde confluyen todos los meridianos en un solo haz. Pues bien: la prolongación imaginaria de este meridiano CERO, por la otra vertiente del Planeta, es el meridiano 180 que nos ocupa. Une el Polo Norte y el Polo Sur, y atraviesa en su viaje de medio arco todo el océano Pacífico sin encontrar apenas, bajo el trazo ideal de su mentira, vidas humanas. Por eso juega con ellas cuando alguien lo cruza.

Habíamos salido de Tokio con dirección a Alaska a las cuatro de la tarde del jueves. No sé, a ciencia cierta, a qué hora lo atravesamos, pues 3: los 7.000 metros de altura y a la velocidad de 675 kilómetros por hora, en que volábamos, no se le veía -tan delgadito es- sobre el Pacífico.

Pero sí sé que cuando aterrizamos en Anchorage, en Alaska del Sur, eran -tras catorce horas de viaje- las once de la mañana. ¡ Las once de la mañana, lector ... , del mismo día en que habíamos salido! Es decir, que habíamos alcanzado nuestro objetivo cinco horas antes de haber abandonado nuestro punto de partida. Así, pues, no sólo las catorce horas de vuelo quedaban borradas de nuestro calendario particular, viéndonos obligados a revivir en Alaska unas horas ya vividas, sino que, al llegar a este punto, nos encontramos con cinco horas más de propina, añadidas, de súbito, a cuenta de un aumento imprevisto de nuestra longevidad. ¿ En qué libro se me anotarán esas diecinueve horas ensoñadas, esos mil ciento cuarenta minutos inútiles que me han obligado, como una lección mal aprendida, a repetir Mi corazón, a cien pulsaciones por minuto, ha latido ciento catorce mil veces en balde, y he de confesar que no es ingrata esta sensación de inusitado envejecer. ¡Qué feliz sería el hombre si pudiera borrar a voluntad zonas pasadas de la vida y revivir lo ya vivido, a tiempo aún de poder corregir!

Si la Air-France hubiera escogido un horario distinto para su regreso, y, en vez de desplegar de Tokio a las cuatro de la tarde lo hubiera hecho a primeras horas de la mañana, habríamos 'llegado a Alaska la víspera de haber salido. Una pareja de nipones recién casados que, viajara hacia Alaska para pasar allí su luna de miel no podría, en modo alguno, ser aceptada en este territorio por los hoteles senos de la localidad. En vano protestaría el novio exhibiendo las fotografías de la boda, sacadas -no ayer, sino mañana- después del desayuno nupcial. El certificado de matrimonio, fechado al día siguiente de aquél en que lo exhibiera, no tendría, para las buenas gentes de Alaska, ninguna validez. Y si un prohombre americano muriera en tierras japonesas y fuera trasladado hasta Anchorage para ser

inhumado en su panteón familiar, se daría el caso macabro -penado por todos los Códigos del mundo- de ser enterrado la víspera de su muerte.

Viajando contra la dirección del sol -volando hacia el Oriente- este fenómeno no puede producirse en ningún otro punto del globo terráqueo, salvo el que acabo de cruzar. Pero he aquí que el Oriente tiene una frontera, un (no más allá), una línea imaginaria trazada por los señores geógrafos sobre el Pacífico. Y esta línea divisoria entre el Este y el Oeste es, precisamente, nuestro amigo el meridiano 180: <ligne de dattes>, aduana de fechas, frontera del Tiempo.

Cuando el sol está situado en la vertical del meridiano CERO o de Greenwich, es mediodía sobre Londres (meridiano viene del latín «meridies», es decir, mediodía). En este momento preciso, en su antípoda, el meridiano 180, es medianoche. A partir de ese instante nace un nuevo día -una nueva fecha del calendario- sobre la Tierra. El primer minuto de cada día, el primer segundo de cada año, de cada siglo, nace aquí en este arco del Pacífico que acabo de cruzar. Las horas irán avanzando hacia Asia; desde allí sobre Siberia hacia Europa; cruzarán el Atlántico, América, el Pacífico y llegarán de nuevo -abrazada ya esta ínfima burbuja de jabón sobre la que vivimos -al meridiano 180. ¿Pero qué ocurre entretanto en las tierras situadas inmediatamente a la derecha -mirando al Polo- de nuestra famosa raya sobre el mar?

¡Ah, en ellas -aunque estén a medio kilómetro de distancia de nuestro protagonista- será la víspera, siempre la víspera, de las que estén situadas a su izquierda! Entre las dos islas del mismo archipiélago de las Aleutianas, que cruza el meridiano 180, hay tan solo media hora de remo, pero están separadas por veinticuatro horas de distancia solar.

Es preciso añadir que no es ésta la única extravagancia de nuestro famosísimo meridano. Esta pintoresca rayita tiene, además, la pretensión de estar en permanente desacuerdo con la pura redacción de los lemas políticos puestos de moda por los Estados Unidos.

El meridiano 180 asegura -y yo así lo creo- que tanto él como su antípoda el meridiano CERO forman las únicas fronteras existentes entre el hemisferio occidental y el hemisferio oriental. Los Estados Unidos, cuando se refieren a Occidente, no hay duda que integran en esta palabra a los países y los hombres de Europa, pero he aquí que de todo el continente europeo Portugal es el único país cuyo territorio está íntegramente inmerso en Occidente. El resto de las naciones, o están divididas entre ambos hemisferios o están totalmente situadas en Oriente. Así, pues, Europa ha de elegir entre la tiranía geográfica del meridiano 180 y su antípoda el meridiano CERO, que la sitúan en Oriente, o la

tiranía de los lemas políticos internacionales, que la sitúan en Occidente, en abierto atentado contra nuestra madre la Geografía.

Este es, pues -frontera de Oriente y Occidente, frontera también de los días y los siglos-, el meridiano 180 ... testafarro en la Tierra del espacio y del tiempo, las dos mentiras inventadas por el hombre para no perderse en las inalcanzables verdades por las que navega: la infinitud y la eternidad.

El haber envejecido de pronto contra el imperativo de mi reloj y mi calendario me ha obligado -con estas líneas- a meditar ...

Madrid, 27 de febrero de 1958.

